

BUENOS AIRES

los mejores 100
cuentos de la
primera versión
del concurso

EN 100

PALABRAS

BUENOS AIRES EN 100 PALABRAS:
LOS MEJORES 100 CUENTOS
DE LA PRIMERA VERSIÓN DEL CONCURSO

© Fundación Plagio
Septiembre de 2023

Selección | Fundación Plagio
Dirección de Arte y Diseño | Fundación Plagio
Edición | María Elvira Woinilowicz

Inscripción n° 2023-A-10361 en el Departamento de Derechos Intelectuales
ISBN: 978-956-9304-57-6
www.buenosairesen100palabras.com
Impreso en Argentina
DISTRIBUCIÓN GRATUITA · PROHIBIDA SU VENTA

BUENOS AIRES

los mejores 100
cuentos de la
primera versión
del concurso

EN 100

PALABRAS

Este año la Ciudad de Buenos Aires recibió a Santiago de Chile como Ciudad Invitada de Honor en la 47° Feria Internacional del Libro, y como regalo llegó este hermoso concurso, para sumarnos a una tradición que ya lleva más de veinte años en el país vecino.

En la Ciudad de Buenos Aires tenemos muchos escritores que la festejan y la honran, que hacen de sus calles un canto único y que a través de sus palabras nos invitan a recorrerla hacia los cuatro puntos cardinales. Es fundamental que nuestro patrimonio literario siga creciendo con otras voces, expresando los cambios, los nuevos tiempos, sus transformaciones, complejidades y progresos. Buenos Aires en 100 Palabras es un concurso que invita a interpretar la Ciudad, a pensar en ella y en sus múltiples formas de habitarla.

Este libro que hoy presentamos es símbolo de nuestra amistad cultural con Chile, y también es una oportunidad para expresar nuestra mirada sobre la Ciudad, hoy les presentamos a los ganadores de esta edición y también los invitamos a conocer la propuesta para sumarse el año próximo.

Por eso, este libro es el comienzo de un nuevo camino. Todos podemos ser los escritores de hoy, todos podemos en 100 palabras construir la memoria de las ciudades y hacerlas inmortales.

ENRIQUE AVOGADRO
MINISTRO DE CULTURA
GOBIERNO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

Este libro reúne los cien mejores relatos que recibimos en la primera versión del concurso Buenos Aires en 100 Palabras entre los más de diez mil cuentos que llegaron. Estos breves textos nos revelan cómo se habita en la capital argentina desde la experiencia de personas muy distintas entre sí. Viajes en subte, personajes entrañables, barrios de infancia, escenas del pasado y posibles futuros imaginados dan vida a estas páginas.

Desde que iniciamos el proyecto En 100 Palabras hace más de dos décadas en Santiago de Chile, soñábamos con cruzar la cordillera y realizar el concurso en Argentina. A la fecha hemos reunido más de un millón de cuentos y además de Santiago hemos extendido el concurso a otras regiones de Chile desde el Desierto de Atacama hasta el Estrecho de Magallanes y a diferentes ciudades del mundo en distintos continentes, como Budapest en Hungría, Medellín en Colombia y Boston en Estados Unidos. Este 2023, en el marco de la invitación a la Feria del Libro

de Buenos Aires a Santiago y de la mano del Gobierno Regional Metropolitano de Santiago, pudimos organizar esta primera edición de Buenos Aires en 100 Palabras.

Esperamos que lo que nació este año continúe por mucho tiempo. Y que emerjan las voces de quienes habitan la Ciudad de Buenos Aires en un relato colectivo único y valioso.

Ojalá disfruten estas historias.

FUNDACIÓN PLAGIO

Otra vez

Elena llega a la puerta de su casa y revuelve la cartera. Otra vez no encuentra la llave, como siempre. Como siempre, supone que la dejó en la casa de Mateo. Llega a lo de Mateo, pero no atiende nadie. Está casi segura de haber dejado esa llave ahí... ¿O no? Se sienta al volante para ir nuevamente a su casa, y se da cuenta de que otra vez se hizo de noche y será mejor dormir en el auto, igual que siempre.

PATRICIA STRAUCH, 45 años, CABA.

Un Bolaño porteño

Siempre traté de imaginarme a Roberto Bolaño en Buenos Aires: qué lugares podrían ser sus preferidos. Sin dudas, la zona sur de la ciudad encajaría bien con él, cualquier esquina de Monserrat o San Telmo, de Barracas o La Boca; allí donde transitan personas nómades, dueños de aventuras extravagantes, siempre en busca de verdades reveladoras y aceptando el mundo como viene dado. La noche porteña está plagada de misterios con esos personajes que viven sin timón y en el delirio, los protagonistas preferidos de Roberto, aquellos que ilustran sus páginas. ¿Acaso hay una ciudad mejor que esta para los infrarrealistas?

FRANCISCO MARTÍNEZ, 54 años, Núñez.

Los atorrantes de San Telmo

El infierno del Dante fue un bar decorado con lujo mentiroso, como los sueños del poeta que sabe que sueña y derrocha. Duró dos años en una esquina que prometía. Fiaba a artistas. Tato Bores acostumbraba a llevar una TV portátil para ver su propio programa mientras comía. El vino, cuenta por la casa. Mariano tocaba el piano, vale dos tintos de la casa. Tarantino iba siempre, no se le cobraba nunca. Alfredo escribía y el mango no alcanzaba. El dueño chupó, fió, y pagó risas bordó. El dolor, cuando deja de ser un tango, se pudre y se amputa.

JULIETA DESMARÁS, 40 años, Boedo.

Fernweh

Nos desencontramos en una sala de embarque. Cómo una adolescente dejaría a su novio: me parecía inútil llevarlo conmigo. Pero no sé bien cuándo lo perdí del todo. Una vez sola lo extrañé. Después de doce años, cuando ya tenía mi departamento en Berlín. Ese día lloré en un supermercado en la góndola de yogures. Agarré un Cremabella y quise recordar una marca argentina: "Dan... Dana" No. No podía. Lloré en alemán. Buenos Aires y yo habíamos aprendido a vivir sin el otro.

MORENA DOPAZO, 16 años, Lanús.

Rituales diarios

Mención Honrosa

Leyendo el diario sentada en ese banco, pasa las hojas lento, como su andar con las bolsas de lo que será su comida. Para qué volver, si nadie la espera. Su casa está vacía de vida y repleta de recuerdos. En la plaza cambia el aroma a melancolía por jacarandá. El sol acaricia un poco su ropaje, ese es el único calor que recibirá. Deja el crucigrama para la tarde después de la siesta. Cuando pasa esa chica con la mochila sabe que son las doce y media, falta poco para que llame su hijo desde España, no quiere llegar tarde.

MARINA SUÁREZ, 51 años, Versalles.

Salvación

Saliendo desde la estación Belgrano a Lisandro de La Torre, de pronto huele a quemado. Ayer se quedó el tren antes de llegar a Tigre, ya nada nos sorprende. Sale humo de una esquina en la unión entre los vagones. Nadie hace nada pero nos miramos, ahora un señor abre una ventana. Otro se acerca a la puerta. Tiene una remera negra que dice «Rescatista de animales» con un teléfono. Me río de nervios y lo sigo. Entiendo que la mejor opción es ir detrás suyo en un caso como este. El tren se detiene en medio de la nada. Bajamos.

MARÍA CAROLINA TAPIA, 53 años, Núñez.

Liniers 1970

La canilla de la Plaza Sarmiento era nuestra base de operaciones. Desde allí avanzábamos en formación: la caballería al frente y detrás la infantería custodiando los baldes cargados de municiones. El enemigo esperaba apostado en Tuyutí y Los Recuerdos. Las primeras bombitas que recibieron nuestras bicis fueron de las chiquitas, que vuelan lejos y duelen más. Nos abroquelamos e iniciamos nuestro bombardeo, pero pocos proyectiles daban en el blanco. Explotaban en el aire y descargaban en la calle: había que acercarse. ¡Al ataque! El combate fue una masacre, ¡tenían una manguera! No hubo ilesos, todos mojados ¡Retirada! ¡A recargar!

ALEJANDRO BOURET, 56 años, Caballito.

Ciudad vieja

No quedan habitantes menores de setenta y cinco años en Capital Federal. La población se ha concentrado en los barrios céntricos. El resto de los edificios y negocios están abandonados. No circula gente por las calles ni las veredas. Todo ha quedado paralizado. No hay un afuera. Los mayores viven reclusos. Todos tienen un perro o gato como mascota. Se alimentan con pastillas que llegan por las tuberías neumáticas. Por el sistema de cápsulas llegan también medicamentos. Los días se pasan mirando tele en el living. Cuando mueren, un detector activa un spray con una sustancia que desintegra los cuerpos.

VALERIA WEISE, 50 años, Almagro.

El lunes que no llovió

Todavía recuerdo cuando llovía todos los lunes. Caminaba a la escuela pasada por agua y veía las gotas que se deslizaban sobre el cableado de la ciudad como si fuera un pentagrama. Entonces, su música era tan fuerte que algunos chicos se escondían bajo las sábanas y comentaban el estruendo al día siguiente. Después se acostumbraron, y yo me cansé de los corazones en las ventanas y el olor a tierra húmeda. No sé bien en qué momento paró, pero un día la vereda apareció teñida de violeta (algunos dirán celeste) y lo sentí. Era tiempo de jacarandás.

CAMILA CASTILLO, 16 años, Caballito.

Apatía

El sonido de sus zapatos sobre los adoquines húmedos rebotaba en la noche vacía. Pensaba que conocía el miedo, pero los recientes sucesos le habían dejado claro que lo que conocía era en todo caso el susto. ¿Quién hubiese pensado que los zombis iban a ser realidad? Sin virus, hongos, ni ningún otro ser vivo, solo eran necesarios algunos metales, plástico, vidrio y código. No era ese apocalipsis sangriento, lleno de gritos, caníbales, armas y efectos especiales que habían prometido las novelas, el cine y la televisión. Era silencioso, discreto, de hecho pasó inadvertido hasta que ya fue demasiado tarde.

FERNANDO WITIS, 43 años, Saavedra.

Fervor de Buenos Aires

Tanto fervor me da envidia. Hay una plaza, hay clamor, hay patriotas y damas antiguas. Lluve. Pienso en la posibilidad de asumir algún rol en lo que sea que se esté gestando, pero los aviones que vuelan muy bajo me hacen desistir enseguida. Escucho explosiones, la gente corre y yo busco un lugar para esconderme. Dicen que hay muertos, que son tiempos de cambio. Alguien reparte escarapelas, otros recogen los fallecidos, y otros tantos piden a gritos que se vayan todos. Yo, muerto de miedo, busco la boca del subte lamentando quedar siempre al margen de la historia.

LEANDRO MARTÍNEZ, 38 años, San Telmo.

Carnaval en La Boca

Con más agua que murga el carnaval les da la excusa para enfrentar el calor. Corren entre las casas de colores soltando acá y allá las camisetas de fútbol empapadas. Dos por tres vuela una ojota en una huida poco elegante. La más pequeña de las chicas llora con la mejilla colorada porque una bombita de agua le reventó en la cara. Se congregan las otras: «No es justo», dicen. Los muchachos las rodean riendo, dispuestos a vaciar sus baldecitos. Un flaco llega corriendo: «Che, es mi hermanita», entonces se abren respetuosos ante las palabras mágicas.

GRACIELA CONSOLI, 54 años, Villa Santa Rita.

Volumen CXXII

Caminaba por Corrientes cuando la vi. Una librería que llevaba mi nombre. Yo conocía todas las librerías de la zona, pero jamás me había cruzado con esta, lo hubiese recordado. Entré y me di cuenta de que solo había dos estantes con libros. Se me iba helando la sangre a medida que leía los lomos de cada uno. Los títulos llevaban mi nombre con un número. Volumen I. Volumen II. Al llegar al final del segundo estante se encontraba el que parecía ser el último. Volumen CXXII. Comencé a leer el primer párrafo. «Caminaba por Corrientes cuando la vi...».

MARTINA NIGRELLI, 18 años, Ituzaingó.

Imprevistos colectivos

Como buen porteño, el hombre baja a la calle para esperar. Parándose lejos del cordón, es sabido, el colectivo llega más rápido. Una mujer de la fila le da conversación sobre esperas, destinos y ramales. Por ser feriado, la charla se extiende a trabajos, pasatiempos y números de teléfono. Por una demora en la frecuencia hablan de cine, música, literatura y posibles paros. Por un desvío en el recorrido tocan temas filosóficos, políticos y religiosos. Cuando el colectivo llega, ya no tienen a dónde ir.

GUIDO PÉREZ, 36 años, Almagro.

Fantasmas

Dicen que los fantasmas no existen. En la casona de los Saavedra Zelaya, hoy escuela Lenguas Vivas, yo misma me topé con varios. Por la que era antiguamente la entrada de carruajes, varias veces escuché los cascotes de los caballos. Y una vez hasta pude vislumbrar la figura de una dama reclinada sobre la barranca de piedra. Quinto año lo cursamos en el aula trece, donde entonces se hacían las tertulias, allí logré oír los primeros acordes de un minué. Pero un día sentí un rugido en el jardín principal. Luego supe que la mascota familiar era un puma.

MARÍA INÉS PELÁEZ, 56 años, Palermo.

El delivery

Llego tarde del trabajo y no tengo ganas de cocinar. Las opciones para pedir comida a domicilio en Buenos Aires son muy amplias. Elijo empanadas, el clásico para «salir del paso». Pedí tres: dos de humita y una de carne. Veo desde mi celular que Esteban llegó al restaurante para retirar el pedido. A los pocos minutos la pantalla me muestra que arrancó por Rivadavia y está por doblar en Campichuelo. De repente, la moto se queda quieta. El pedido no llega. Inicío el reclamo. Al repartidor lo chocó un auto. «Exceso de velocidad», dijo la policía.

VALERIA GUERRA, 40 años, Caballito.

La hermosa Niña Principito

Esperaba en el bar porteño de siempre a mi gran amigo. Entró acompañado de su nueva novia, pelirroja, tapado azul largo, sonrisa brillante y esos zapatitos... zapatitos rojos. Me contó que estudiaba algo y que le gustaría recorrer Buenos Aires. Tardé seis cervezas en dejar a mi amigo durmiendo en la mesa. Dos temas de rock en lograr que salga del bar conmigo... a conocer la ciudad... total... ¿Qué podía pasar entre dos chicas? Cuando el sol entró por la persiana en tiras y el ruido de los colectivos llenó mi habitación, abrí los ojos sonriendo... estaban ahí... esos zapatitos.

ESPERANZA BERTHONGARAY, 38 años, Microcentro.

El museo

Verano. Para ir al Museo de Telecomunicaciones, en Costanera Sur, papá tiene que esquivar los controles militares mientras mamá protesta en voz baja. Fascinado por pérgolas y glorietas, él nos explica que el edificio, estilo art decó, fue construido por Kálnay, leyenda de la arquitectura, en los años veinte. Mis hermanos y yo jugamos con teléfonos de colores que atraviesan el tiempo. Década del cuarenta: mi abuela y sus amigos se emborrachan en los salones calefaccionados de la Múnich. Ochenta años después, una cita y un beso en la terraza. Hoy es otoño; mi hijo y yo, el museo cerrado.

PABLO ALI, 44 años, Caballito.

El dios del Rosedal

Después de la lluvia, íbamos con mi abuelo a pasear por el Rosedal de Palermo. Antes de salir, yo agarraba un salero para proteger a las flores de los caracoles. Me sentía el dios del Rosedal dejando caer una lluvia de furia sobre los pecadores. Pero conocí a la legítima protectora del parque. De un capullo salió una pequeña señorita rosada que saludaba graciosa. Solo había lugar para una divinidad. Le tiré sal. Temblaba en el piso y se arrastraba como si le doliese. Creo que maté a la última hada de Buenos Aires.

JERÓNIMO MUÑOZ, 17 años, San Isidro.

Un libro usado, por favor

Del trabajo a casa dos veces por semana bajo del subte en Plaza Italia y camino hacia la feria de libros usados. Una veintena de puestos ofrecen gran variedad, uno puede pasar horas mirando títulos y leyendo reseñas; existen muchas en Buenos Aires, pero yo prefiero esta. Me gusta comprar libros, si son usados mejor, porque traen consigo, además de su historia, alguna reminiscencia de sus antiguos dueños: una dedicatoria, un párrafo señalado o un dibujo que trata de suplementar alguna idea del autor. El otro día encontré un libro de Borges donde alguien dibujó un hombre insecto.

FRANCISCO MARTÍNEZ, 54 años, Núñez.

Abuela

Llegó en el 65 a Chacarita. Sobrepassó el portón de ingreso al descanso eterno. En las oficinas de las chimeneas firmó unos papeles y pagó en doce cuotas una caja de madera llena de cenizas. En la pizzería Imperio pidió dos porciones de napolitana. El mozo mirando la urna, ordenó: «sin jamón porque ya tiene el fiambre». Entendió tarde el chiste y se preguntó si eso sólo pasaba en Buenos Aires. Terminó, pidió la cuenta, le dijo al mozo, «malísima la pizza, el fiambre estaba pasado». Rieron, dejó la propina y se fue con su abuela a cuestras.

FEDERICO ÁVALOS, 35 años, Caballito.

El otro lado del Puente Saavedra

Neila conoce un lugar secreto del que nadie más sabe. Un portal oculto en la ciudadela que lleva a un mundo distinto por debajo del Puente Saavedra, y al pasar sus corazones se aceleran de la emoción. Pero sabe que debe andar a escondidas. Si es descubierta, ¿quién sabe qué le podrían hacer? Después de todo, aquellas criaturas son despiadadas con lo que no conocen. Una vez quiso llevar a un amigo, y cuando fueron descubiertos solo ella pudo escapar, sin poder hacer más que mirar con impotencia cómo los grotescos niños humanos le arrancaban los tentáculos uno por uno.

SANTIAGO CONDE, 19 años, Vicente López.

Clases presenciales

Solo quiero que me devuelvan el botón «Silenciar a todos los participantes».

VIRGINIA GALLO, 52 años, Chacarita.

Envidia

Mi vecino entrena palomas mensajeras. Todos los días a las ocho de la mañana, al empezar mi home office, las veo volar en círculo guiadas por una bandera, en el cielo de Colegiales. Me quedo un momento mirándolas antes de tomar la primera videollamada sobre las métricas de productividad. Tras una nueva orden, ellas regresan a sus jaulas. A las cinco de la tarde vuelven a salir y las pispeo desde mi silla mientras finjo escuchar al vicepresidente de operaciones dar su reporte diario de avance. Hoy vi a una de ellas escaparse en tangente.

LAURA GUEVARA, 46 años, Colegiales.

Pesadilla eterna

Llegó a la esquina un poco más rápido que lo recomendable. El pavimento estaba húmedo, propio de la madrugada de otoño. Los frenos no evitaron el derrape del caucho usado. A las siete y media: salir ir al jardín de infantes. El apuro, el carrito, el desayuno y a la jungla rápido. Dejar a los chicos y seguir al trabajo. Hoy hay comité, cierro a las once. La esquina estaba quieta, propio de la madrugada de otoño. Pasó de la mañana apurada a la pesadilla eterna.

JUAN IGNACIO GUAITA, 49 años, Belgrano.

Calles

Hasta los dieciocho viví en Retiro cerca de la calle Arroyo, una de las más lindas aunque en subida cuesta y más con una madre con úlceras. Comprar ropa por Santa Fe era un paseo divino, excepto el día del humo: no fue una caldera, sino una bomba. Nunca crucé la 9 de Julio, siempre la corrí. Nos fuimos a Palermo sobre Paraguay, que es mejor hacia el lado de Arenales. Con él empezamos en Juncal, pero formalizamos en Barrancas. Ahí nació el primero, tuve mastitis. Pisamos Aráoz una semana antes de parirla, lo elegimos por el jazmín celeste.

MILAGROS SENDERS, 40 años, Palermo.

Sobre el último verano

El sol llega fuerte y claro. En la vereda, algunas hormigas mueren incendiadas y sus cenizas pasan a ser parte del motor de los autos. Cuarenta grados y ni una sola nube, llueve desde los balcones. Cuando voy a comprar medialunas una señora se desmaya al lado mío y yo no sé qué hacer. Mi gato no se mueve, se la pasa tirado. Se quema mi cerebro, me vuelvo loco hasta desmayarme dando vueltas una y otra vez en la misma cuadra. Cada año es peor que el pasado. Hay un aura de muerte en el verano de esta ciudad.

DANTE LAZZALETTA, 17 años, Villa Ortúzar.

El arca de Gaspar

Salí a fumar por aburrimiento. Siempre me gustaron las fiestas, los excesos, la electricidad musical, el entusiasmo telepático de cuerpos desconocidos. Pero esta noche, desde una terraza piso 54 y murmullo al fondo, estoy para sobrevolar Buenos Aires y separarla en capas. Por allá, ese río contaminado que negamos como posibilidad. Por allá, los barrios residenciales con edificaciones bajas. Por allá, las torres iluminadas que miran hacia ninguna parte. Por allá, una arquitectura de la miseria. Por allá, aunque también acá mismo, el tiempo lo destruye todo.

ESTEBAN CASTROMÁN, 47 años, Villa Urquiza.

Recalculando

Pasó de largo. Decidió dejarnos esperando. Justo cambiaba el semáforo y aceleró. Somos siempre tres o cuatro desconocidos frecuentes a esa hora. Nada se asoma entre el frío y la humedad. Es tarde. Cada vez más. Sin guita para un tacho de esos que pasan seductores como gatos negros de ojos amarillos ronroneándole a la vereda. SUBE en mano, mirada sostenida. Ansiando algún asiento vacío. Algo se escucha lejos entre las paredes y el asfalto. Murgas sin febrero. La avenida queda vacía, desolada. Es fija, cortaron otra vez. Nos miramos bufando sin palabras. Cansados, abatidos, resignados. Empezamos a caminar.

VANINA CENA, 42 años, Barracas.

Probabilidades

En Buenos Aires la probabilidad de cruzarte a Messi insolado sosteniendo una copa del mundo, mientras escabía un Fernet sobre un micro que va por General Paz rumbo a un helipuerto, es muchísimo más alta que la de comprarse un monoambiente. Y aun así, no habrá dudas: un corazón nostálgico preferirá siempre atesorar de por vida la primera imagen, que llorar la misma derrota cada cuatro años en una caja de zapatos ubicada en la zona de Palermo.

GUIDO MESSINA, 31 años, Villa Pueyrredón.

La Resurrección

Tomo el B en la esquina de Alem y Corrientes porque no quiero caminar. Me arden los ojos de estar todo el día en la oficina. El subte va lleno (y sí, es hora pico y en esta ciudad somos más de tres palos). Transito el viaje entre las biromes del día y el alfajor que en el kiosco vale \$500 y acá \$10. Sin aviso, una chica con pinta de artista, y que ya me venía mirando, se acerca y me invita a la exposición de Picasso; combinamos con la H y mi tarde se tiñó de dulzura.

SIMÓN SALAS SEEBER, 25 años, San Isidro.

En la URSS

Niní y Juli van a comer comida rusa por Av. Independencia. La camarera —blanca como la estepa siberiana, pelo rubio como un sol de octubre y ojos azules como el cielo sobre el Río Nevá— les alcanza el menú y va a atender otras mesas. Yo digo que se llama Anushka. No, disiente Juli, se llama Zvetlana. Anushka. Zvetlana, Apostemos. Al tomar el pedido, Niní le pregunta el nombre. Yo digo Anushka, y Juli se juega por Zvetlana. La camarera se ríe como Maya Plisetskaya cuando la nombraron prima ballerina assoluta del Bolshoi. Me llamo Marcela, nací en Floresta.

FERNANDO BERTON, 57 años, Lanús.

No escapó

Nació. Perdió su primer diente. Se cayó mientras iba en bici. Jugó en la plaza Buteller. Comenzó la secundaria. Tuvo su primer amor, se llamaba Cato. Terminó la secundaria. Tomó un café con el pibe de la esquina. Visitó El Ateneo, como siempre añoró. Trabajó. Dobló y empacó la ropa que compró en alguna feria de la ciudad, fue a tantas que ya se olvidó. Entonces cuando se dio cuenta de que era la última vez, miró atrás y después subió al avión. Nunca dijiste adiós. Pero está bien, sé que odiabas las despedidas.

VALENTINA VILLARROEL, 15 años, Nueva Pompeya.

Los taitas

Juan Rana, condenado a la existencia, solía pasearse por las calles del sur haciendo cortes, quebradas, y a la vez orinando sin mojarse pantalones ni zapatos. No sólo eso, también bailaba con un vaso lleno en la cabeza sin derramar una gota. A pocas cuadras, el ñato Catalano lucía sus giros y enganches ante la mirada desafiante del negro Capdevila. No conocían al manco Suárez que perdió su mano para demostrar su hombría, ni sabían de la humillante provocación del guapo Muraña cuando quisieron pelearlo. A ninguno le había llegado aún el momento en que todo hombre sabe quién es.

HORACIO CÁRDENAS RIVAROLA, 71 años, Almagro.

Estación Juventud

Corre el año 2170 en Buenos Aires, Argentina, país en el que nací hace 184 años. Mi esposo, Robot T-R, prepara el agua para compartir unos mates antes de arrancar el día, un tango de Gardel suena en los parlantes de la casa mientras intento disimular el frío que siento al acariciar el metal debajo de la piel sintética de mi amado. Mismo frío que sentimos un septiembre hace añares, en los Bosques de Palermo, cuando todavía no se había encontrado la cura para su diabetes, y bajo un sol al que el hombre no había aprendido aún a manipular.

AGUSTINA GARBER, 36 años, Vicente López.

Ley de Alquileres

Cuando me fui del país/ te mentí un poco/ mamá/ no venía a estudiar, sabés/ yo sé que sí/ sabés/ me siguieron tus cuentos de las balas de las marchas y de tu vecina/ acribillada en el baño, te acordás/ en todas las marchas me acordé/ de vos/ aunque no te mandara ni un mensaje o una foto, para qué/ sirve la poesía, cuánto cuesta/ un alquiler/ no te olvides/ de fregar los azulejos porque después hay que entregar/ la casa y el contrato dice que los azulejos/ mamá/ yo sé que te acordás/ están llenos de sangre.

PAULA SIMONETTI, 33 años, Villa Pueyrredón.

Amor en El Infierno

Malla de baile negra, tacos aguja. Traje azul marino, camisa blanca. Miradas furtivas que guardan secretos. Hoy es viernes, ¿no?, pregunté con una sonrisa. Ella, la profe de Matemática, él, el de Música, contestaron a coro un sí risueño. Timbre largo que anuncia el final de la jornada laboral. Para ellos, el día del deseo, del amor en «El Infierno», el telo que está a pocas cuerdas del colegio. Afuera los espera su auto, el que todavía pagan con un plan ahorro. La ciudad los cobija en un anonimato cómplice.

CRISTINA BIVACHI, 71 años, Caballito.

El portero

De pie desde el umbral, mira los maniqués de las casas de lencería. Hay muchas por Villa Crespo. Es su actividad favorita en la agonía de la rutina, es que con ese deseo primitivo se le hacen más llevaderas las horas, mientras le da una pitada al cigarrillo. La primera del día, a las siete de la mañana, la que se inhala lento y libera una bocanada de humo que cubre la cuadra. Siempre es su desayuno después de dos mates de agua hirviendo que no quemar su lengua. De la costumbre ya no siente nada.

MATILDE LERMAN, 16 años, Almagro.

Expensas

De acá me sacan con las patas p'adelante, murmuró llorando cuando se llevaban el cuerpo que, inerte, se había rendido al dolor del último año. La amenaza de remate del departamento por expensas impagas le importaba un carajo. Se probó cada prenda de ella. Se decidió por el vestido floreado y se lo puso arriba del pijama. Descalzó los caños de la estufa. Se terminó el Paddy. Apoyó su cabeza sobre la salida del gas. Se dejó llevar. El olor alertó al edificio. A las patadas entró la policía. En la camilla, sus pies sobresalían y llevaban la delantera.

PAULA ATLANTE CAVALLI, 59 años, Barracas.

La lista de Marta

Marta vive en el octavo piso. Nunca la dejan irse, pero se escapa. Al salir en su silla de ruedas, repasa las actividades que se prometió hacer antes de morir. Mirar fijo el horizonte para descubrir mariposas. Cerrar los ojos y escuchar a los pájaros. Verlos bañarse en los charquitos debajo del cordón de la vereda, entre los autos. Quedarse en la esquina, muy quieta, al ver a dos personas abrazarse por más de cinco minutos. Imprimir la brevedad de sus gestos en la memoria. Soltar el aire, dejar de respirar. Ir hacia su más allá.

FLORENCIA GATELL, 33 años, Vicente López.

Criaturas

Una mujer se despierta desnuda en Costanera Sur. No sabe quién es. Su piel tiene escamas. Dos tentáculos retráctiles, muy sensibles, ocupan el lugar de sus ojos. Se siente débil. El tercer día es descubierta por unas extrañas criaturas, la olfatean y arrastran su cuerpo debajo de un puente. Cuidan de ella, le enseñan a comunicarse. Nadie puede resolver el enigma de su origen. Una noche, sueña que recuerda. Se despierta famélica. Una de las criaturas descansa a su lado: con un movimiento certero salta sobre ella y la devora y entonces su primer recuerdo regresa.

MÓNICA JOSID, 42 años, Merlo.

Floralis Genérica

Desierta por el calor abrasador del verano la Plaza de las Naciones Unidas queda a su merced. Fascinado ante la mole etérea de acero inoxidable y aluminio, el ingeniero mecánico quiere analizar el sistema hidráulico y las células fotoeléctricas que hacen posible la apertura y el cierre de sus pétalos. Paciente, espera a que la implacable luz del sol la abra por completo. Furtivo, se introduce en su interior. Con el mismo entusiasmo de cuando era un niño desentraña complacido el insomne secreto del mecanismo. Entonces, ocurre un inesperado eclipse y, al instante, la *Floralis Genérica* se transmuta en carnívora.

CLAUDIA HOJMAN CONDE, 67 años, San Nicolás.

Los discos

Estábamos esperando amanecer mientras escuchábamos los discos que nos había dejado el abuelo como herencia. Estaban apilados aleatoriamente y los escuchábamos de a tres. En las tres bandejas la púa saltaba cada cinco versos y se quedaba tildada en una palabra o un sonido. Cada salto se daba sucesivamente, de bandeja en bandeja, formando oraciones que iban tejiendo un mapa verbal de la ciudad que decía haber reconstruido, como maestro mayor de obras, desde los años ochenta hasta ayer. Cuando amaneció, el mapa era parte del aire, un sistema sonoro, una réplica exacta de la ciudad en la ciudad.

SANTIAGO PÉREZ BRACAMONTE, 22 años, Agronomía.

Arial 12

Todas las noches la veía al tomar el subte; siempre de pie, en la estación 9 de Julio. Un esbozo de sonrisa era su respuesta a mis «buenas noches». Parecía que esperaba a alguien, por lo que nunca pronuncié algo más. Las últimas dos semanas la vi, a doscientos metros de la estación, caminando en dirección opuesta. Ahora, todas las noches la veo al tomar el subte, en la estación 9 de Julio. Sé que se llama Florencia. Pero no me gusta la tipografía que usaron para colocar «PERDIDA» sobre su cabeza.

ANABEL OBARI, 27 años, Flores.

Fotogalería de 15 años en el Rosedal

Estamos hechas de fotos y arropadas con palabras. Valeria estrena un vestido entallado. Un terso cielo azul de pétalos primaverales ilumina el jardín de rosas perfumadas y aguas surgentes. Juan eligió ese rincón encantador para la toma. Ella avanza con tacos altos por el camino de piedras rojas. De pronto cae de rodillas. Los sueños se desvanecen en manchas y el alma sangra. Sol, ya cambiada, la ve tendida en la pérgola. Se acerca con ternura alejando la angustia espesa de Valeria y le entrega su vestido todavía tibio.

MARÍA TERESA IVANISSEVICH, 67 años, Palermo.

Presente

Mariela no termina su café del desayuno cuando ya está en el ascensor. No se va de la oficina cuando ya está en la fila del supermercado y piensa por qué la caja rápida siempre es la más lenta. No se tira aún en el sillón a ver Netflix cuando un 152 la embiste en la rotonda de Plaza Italia. Se levanta, se acomoda la pollera, agarra su bolso, su neceser, junta sus papeles y sigue su marcha; fija la vista en la esquina de la Rural. Atrás, un enfermero siente el pulso inerte de una oficinista sobre el asfalto.

MARÍA JULIETA CANOBBIO, 37 años, Belgrano.

Eterno retorno

Miguel se despierta a las cinco de la mañana. Se toma el tren Sarmiento en Moreno. Se baja en Once. Se sube a un colectivo. Llega al centro. Trabaja en una obra en construcción. Construye casas para los demás. Llena baldes, pica escombros y levanta paredes. A las cinco de la tarde, se asea un poco y se va. Llega a donde vive a la noche. Acaricia a sus hijos con las manos cansadas, come y se va a dormir. Miguel se despierta a las cinco de la mañana. Se toma el tren Sarmiento en Moreno. Se baja en Once.

JORGE SEBASTIÁN COMADINA, 37 años, La Matanza.

Remake

Los sábados solíamos ir a la Bond Street y charlábamos sentadas en los escalones de la puerta, o comprábamos merchandising de anime, o mirábamos desde afuera los locales de tattoo como si viéramos a un hombre desnudo por primera vez, o, cada tanto, subíamos furtivamente a espiar los locales fetichistas. En otro mundo hay una Bond Street centenaria, cuyo nombre proviene de un Sir Thomas Bond. Google Maps muestra coches de lujo estacionados frente a la decorosa riqueza de sus tiendas de alta moda y joyería. Me pregunto cómo la Bond Street devino así, tan *lost in translation*.

SOFÍA BIONDI, 30 años, Boedo.

Más abajo no se puede

Primer Lugar

Sale del subte y camina rápido por Avenida de Mayo. Necesita bajarse de los zapatos de taco que se le están incrustando en los talones. Se mete en «Los 36 billares». El mozo que limpia afanosamente los vasos no la ve. Se quita los zapatos y camina hacia el subsuelo. Se recuesta en una de las mesas de billar y se duerme. El mozo la sigue para echarla y cuando la ve dormida la tapa con un mantel, apaga la luz y atraviesa la cadena con el cartel «SALA CERRADA». Ella descansa, al fin. Nunca nadie la había cuidado tanto.

ROXANA MIGUEL, 44 años, Belgrano.

Hora pico

Escuchame. Te digo, se puede. Táctica y estrategia. Observar los lugares de apertura de puertas es fundamental. Te parás ahí. Cuando escuchás algo, te acercás al borde, te ponés de costado, ofreciendo la menor superficie de roce. Bajás la cabeza, no mirás, empujás. Los de adentro van a resistir. No hacés caso a los bufidos. Seguí empujando. Mantené los brazos pegados al cuerpo y la mochila adelante. En lo posible, alejate de la puerta. En Plaza Miserere, habrá decenas de individuos entrenados dispuestos a entrar. Cueste lo que cueste, resistí cuanto puedas y luego, relajate acunado por el bamboleo.

MARCELA ELFFMAN, 60 años, Almagro.

Ascensor

A los once me fui de casa. Metí almohada, frazada, una caja de cereales en mi mochila y tomé el ascensor; lo trabé entre el séptimo y el octavo piso. Los primeros días fueron los más difíciles. La alarma de la puerta abierta se disparaba cada cinco minutos, la gente me insultaba ida y vuelta de Microcentro y el llanto de mamá trepaba la oscuridad del pozo: me pedía que regresara. Después, se olvidaron de mí. Cada tanto alguien llama el ascensor y se activa la alarma, pero de a poco se van acostumbrando a usar las escaleras.

MATÍAS DE LAS CARRERAS, 33 años, San Nicolás.

Ocaso

La ambulancia es una luciérnaga más sobre la calle Corrientes. El encargado abre la puerta y el olor a vieja muerta avanza como una ola que los ahoga. Esa noche, los paramédicos llamarán a sus mamás prometiendo ir el domingo. Su butaca en el teatro estará vacía. El libro que fue encargado seguirá aguardando. A la mañana, el mozo dudará si volver a reservar la mesa para servirle el café con medialunas. Sus hijos le buscarán la ropa adecuada. Decidirán vender su departamento: la ganancia en partes iguales. Sus vecinos comentarán su soledad. Alguien dirá que la dejaron ir.

CARLOS ALBERTO PÉREZ, 45 años, Merlo.

¿Y si renuncio?

Como todos los mediodías, cruzó a la plaza con su vianda. El pensamiento de siempre apareció: «¿Y si renuncio? Pero no tengo ni un peso ahorrado». Siguió rumiando, también el sándwich. De pronto, recibió un whatsapp del supervisor con el pedido de ir a abrir el portón porque llegaba el camión de gaseosas. Puteó bajito y se dijo: «Mientras mejor hago mi trabajo peor hago otras cosas, como comer bien». Recordó que esa mañana, (en su función de cajera), le había dicho a una señora que estaba en la cola: «Estoy cerrada». «¿Cómo sucedió? ¿Cuándo desaparecí?», se preguntó.

MARÍA ROSA DE PAOLA, 63 años, Villa Urquiza.

Fruta maldita, diminuta, ¿cuándo retorna a corazón?

Mención Honrosa

El vecino persiste en mantener viva la planta que invade nuestra casa. Cuando fuimos a reclamar, levantó un machete oxidado y nos amenazó. Con la caída de la mala fruta que daba el manzano, aparecieron las hormigas. Estaban en el arroz, las ollas, la ropa. Desesperadas, usamos miles de venenos, ninguno efectivo. Pasado el tiempo aprendimos a vivir con las invasiones. Las hormigas flotaban en el té. Mamá, delgada como un alambre, le agregaba varias cucharadas de azúcar. Yo lo tomaba amargo, masticando entre sorbo y sorbo.

GIANELLA MONTERO, 19 años, La Matanza.

El trámite

Avenida de los Incas-Parque Chas. Palmer dejó el auto a la vuelta y seguimos en subte. La ciudad es lo que hemos hecho en ella, la doble tijera de los pasos cortando verdades, el púrpura dañino con que se tiñó cierta tarde. De esa vez, recuerdo nuestras manos. La pila bautismal de San Ignacio, donde arañamos el fondo seco de un vientre de mármol y enseguida un bodegón, enfrente, con manteles de hule y jarras-pingüino. No había palabras para comentar lo que habíamos hecho. En las paneras de plástico dejamos que los dedos picotearan.

CANDELARIA KRISTOF, 56 años, San Isidro.

Decisiones

Noventa, cien, ciento veinte. Cuanto más rápido mejor. General Paz, Ciudadela, Ramos Mejía. Soy imparable. Los mareos son cada vez más fuertes. Quiero seguir. Veo borroso. María me dice que pare, pero sé que ella también lo disfruta. En esta época de la vida no me importa nada. Qué ingenuos los empleados que me dieron la Licencia.

VICTORIA GALDOS, 15 años, Villa Crespo.

La tercera estrella

Hace una semana que estamos arriba de la autopista. Los festejos del mundial tendrían que haber terminado hace mucho. Hay gente enferma. Sospecho que muchos han muerto. No hay manera de que lleguen provisiones ni los servicios de emergencia, y el caudal es tan extremo que debemos ser más de catorce millones los que bloqueamos los caminos. Apenas podemos respirar, y ya nadie se acuerda del motivo por el que estamos acá. Lo peor de todo es escuchar los crujidos de la estructura, que alertan el desastre que está a punto de suceder.

DANIEL IBAÑA, 42 años, Flores.

De todo

El pasaje donde vivo tiene una sola cuadra. Hay dos casas desocupadas. En las otras viven un médico, un taxista, una profesora de canto, un psicólogo. Un señor tiene su oficina en la calle y se la pasa hablando por celular. Una familia paraguaya vive en una casita chiquita porque de una casa más grande hicieron dos. En otra vive un señor con moto que hace delivery. Cuando empezó la cuarentena, por solidaridad, armamos un grupo de whatsapp, y al poco tiempo la mayoría salió porque no nos aguantábamos los comentarios políticos. Pero si alguno tiene un problema, nos ayudamos.

ELBA CASSETTA, 72 años, Liniers.

Tilos

Hay un árbol de tilo en la puerta de mi casa en Núñez. Cuando florece, en noviembre, huele a caramelo de miel y al perfume que usaba mi abuela. Me gusta porque es un aroma que invade Buenos Aires en los meses de calor. El verano porteño también es ruido a chicharras. A veces pienso que las chicharras se esconden en los tilos. Se emborrachan por el olor dulce y cantan desafinadas. Respiro hondo y cierro los ojos. La veo a mi abuela esperándome en la esquina del colegio. Corro para abrazarla. Quiero vivir escondida en ese árbol, como las chicharras.

ANDREA KOBILSKY, 49 años, Núñez.

Gorriones

Hace muchos años que Doña Inmaculata vive y sueña en un banco del Parque Lezama, un voluntarioso acento italiano la delata. A la tardecita, para darles conversación, espera a las palomas con migas de pan; pero si la dejan sola las disculpa. «Será que viene tormenta», murmura, y a veces acierta. Unos zapatos ruinosos fueron su única herencia. «Confía en ellos, te llevarán por el buen camino», escuchó de su madre en el muelle. Agradecida, cada noche, ella los acaricia y los envuelve con su vieja frazada como si fueran un par de gorriones perdidos.

JOSÉ MARÍA LAMARQUE, 63 años, Morón.

Bienvenida, Buenos. Hasta siempre, Ayres

A Buenos Aires se entra por el puerto y se sale por el campo, decía abuela, que llegó de niña en barco para servir en una casa de familia, y se retiró a las pampas para criar. Tengo dos fotos suyas. En una, de frente, sonríe desde la cocina. En la otra, de costado, su embarazo rosa la cacerola que revuelve. Pasaron pocos años entre una y otra, pero en la segunda está gastada, en sombras. No hay fotos del mar, ni las proas, ni los camarotes; tampoco del pasto ni los caballos que dijo. Quizás falten las primeras y las últimas.

ROMINA METTI, 39 años, Núñez.

El pasaje

Mención Honrosa

Ring. Hasta mañana, dice la profe de historia. Nadie la escucha, todos queremos salir. Hoy me encuentro con Santi en el pasaje Butteler. Voy al baño, me miro al espejo y me maquillo con el labial que le robé a mamá: «¿Será mucho? Ya fue». Salgo rápido. Le tiro el guardapolvo blanco a mi amiga y ella me grita suerte. Corro al pasaje. Me apoyo sobre la pared de la casa rosa, justo donde pega el rayo de sol. «Qué se apure Santi, tengo sólo quince minutos». Mamá me espera con milanesas con puré y flan con dulce de leche.

MARÍA BELÉN MOLINARO, 30 años, Caballito.

Foto de perfil

Le saqué una foto con el celu a la tumba de mi viejo en Chacarita, a la hiedra que se secó porque no fuimos. La miré de vuelta en el 44. La pantalla quebrada de mi teléfono parecía un rayo sobre la lápida. Ahora es la nueva foto de perfil de mi papá. Google la tiene que agrupar con las del bife de chorizo en una parrilla de Villa Ortúzar, la del perro en la plaza, la del auto nuevo. Google me va a mostrar la lápida y me va a preguntar, ¿es la misma persona o una diferente?

PAULA BONNET, 33 años, Belgrano.

Direcciones

Leo la dirección en voz alta: Scalabrini Ortiz 2578, entre San... «TA FÉ Y ARENALES», interrumpe mi suegro desde su sillón. Casi pegado al Jardín Botánico. A medio metro hay una talabartería que era de los hermanos Giulliani, los primeros fabricantes de hebillas para el pelo. Vuelvo a la carga: Hipólito Yrigoyen 172, esquina Adolfo Alsina. Me mira, y en su semblante puedo notar la indignación. «Yrigoyen y Alsina son paralelas. Querrás decir Bernardo de Irigoyen, sede del Club Español. Fue el primer restaurante gallego en servir sopa inglesa. Era rica, pero sigo prefiriendo la de Las Cuartetetas».

SEBASTIÁN AYALA, 22 años, Morón.

Floralis Genérica

En Recoleta, casi en el medio de la Plaza de las Naciones Unidas, hay una escultura enorme que se parece mucho a mi patria. Es hermosa, pero está rota.

LILY ANN MARTIN, 57 años, Palermo.

Milagrito

Mi primera muerte, la única hasta el momento, fue hace casi dos décadas. Ocurrió una noche de diciembre en una sala de conciertos que se incendió en el barrio de Once. Mi cadáver asfixiado llegó a la morgue improvisada en el estacionamiento de un hospital en Caballito. El jefe de cirugía tuvo una visión y se abocó a reanimarme. Mis padres me encontraron medio día más tarde, inconsciente y entubado. Soñé un paraíso que luchaba por abandonar. Luego de dos semanas me visitó un cura que, unos años más tarde, sería ungido Papa. Cuando desperté, las enfermeras me llamaban «Milagrito».

MAURO FERNÁNDEZ, 34 años, Villa Santa Rita.

La fortuna

Errante, volando por Plaza Francia, viaja un viejo billete de diez pesos que bajo la cara de Belgrano, a trasluz, tiene escrito el secreto de la fortuna. Un viejo mago, obrero del Banco Central, lo imprimió como legado el día de su jubilación. Muchos lo han visto, húmedo en el cordón o al capricho del viento en el remolino frente al cementerio. Nadie lo levanta. Vale demasiado poco.

PABLO SCUZARELLO, 29 años, Villa Ballester.

Boliche en zona oeste

Premio al Talento Joven

Corrimos del auto a la entrada, esquivando la llovizna, colándonos en la fila lo más disimuladamente posible. El patova miró nuestros DNI, claramente truchos, e igual nos dejó pasar. No es ningún boludo, nadie dejaría afuera un grupo de minitas con menos de un metro de tela encima cada una. Entramos, el olor a porro y la cumbia más turra fueron lo primero que nos golpeó. Tarde para arrepentirse y volver a casa. Le dije a las chicas que me sentía mal y fui corriendo al baño. Vomité toda la previa en un segundo. Va a ser una noche larga.

CATALINA VIGNOLA, 17 años, Morón.

Hermanas

La mudanza a una torre de Belgrano te hizo feliz: allí residían Bredeston y Ulises Dumont. Te encantaba vivir entre artistas y, además, había una terraza para tomar sol. Ni bien llegaba el calor invitabas a tus amigas a «Punta Terra». Era fundamental, sostenías, lucir bronceadas cuando llegara el verano. Después del mediodía, cargábamos la radio y subíamos diecinueve pisos por ascensor y uno más por escalera. Extendíamos las lonas y nos recostábamos a calcinarnos dos o tres horas. Tal vez, porque me dejabas sumarme a tu programa, no me importaban aquellos sofocos a la hora de la siesta.

ANA MARÍA FINOCCHIO, 62 años, Vicente López.

Araña

En la esquina es que me besa. Es más alta que yo. Estoy borracho pero no tanto. Caminamos hasta la casa. Tiene una araña tatuada sobre uno de sus pechos. Llegamos a su casa, me encierra en el baño y se abalanza. Cuando salgo del edificio el sol está alto, el encargado está baldeando, más allá un hombre con ropa deportiva pasa corriendo. Yo me compro una coca en el kiosco y cuando llego a mi casa pienso en que todo podría estar mejor, pero es lo que hay.

ISAIAS CREIG, 36 años, Villa Crespo.

Selva

Doblo por Bulnes con escalofrío, elemento que se suma a los otros que ya tengo desde el amanecer de este día. Oigo, o creí oír, una respiración acecharme en el cruce con Arenales. El paisaje selvático y el calor agobiante hacen más difícil el objetivo de llegar a Parque Las Heras, pero a medida que avanzo entre la maleza y espanto reptiles me entusiasmo. Me seco el sudor de la frente con el dorso de la mano. Tal vez hoy no sea devorado por un animal grande. Como ocurrió ayer.

DARÍO JAVIER MENORQUE, 44 años, Esteban Echeverría.

Un cuento de lógica imposible, pero interesante

Mañana de mayo, casi de la nada aparece él levemente apabullado. Se lo ve erguido en el cruce más emblemático de nuestra ciudad. Sí, el que apunta al cielo. Nadie parece sorprenderse. Simplemente lo amalgaman con el paisaje teatral urbano y no se detienen a elucubrar. Se adivina cierta nostalgia en su semblante pero no está perdido. Él ya vislumbró este mundo de trágicos Montescos y Capuletos. Apenas unos segundos le bastan para percibir su anafórica rivalidad. No le preocupa demasiado. Hace siglos, escribió un posible final para esta historia. Sonríe y desaparece en el aire ligero de otoño.

GABRIELA MADERA, 63 años, Belgrano.

Velador

«Hay gente que guarda silencio cuando conversa», dice Kurosawa en una película desde la computadora que alumbra como un velador mi monoambiente de Campichuelo. Igual que en la película, estamos sentados en una alfombra que no será un tatami pero funciona igual. Así en silencio, con lo empático que siempre fuiste, me decís aquello que no esperaba escuchar nunca. Lo hacés de este modo: uno frente al otro, con la mirada baja sin decir palabra. Cuando el efecto de la bomba desaparezca dejando en pie los muebles pero destrozando las almas, sé que mañana nos veremos en Chacarita.

CHRISTIAN OLMOS, 50 años, Tigre.

Los amantes

Amada Violet: Recibí tu mensaje justo antes de que zarpáramos del puerto de Buenos Aires. Me alegra que te encuentres bien. Me puso muy intranquilo saber sobre la fiebre. Cuídate. Tuyo John. Amada mía: Sentí saber sobre tu padre y hermanos. Trata de salir del sur de la ciudad y ve hacia el norte. Tu letra temblorosa me dice lo enferma que estás. Recupérate que yo volveré pronto. Tu amado. Estimado Señor Navarro, agradezco su misiva. Llevo un gran peso en el corazón. Disponga de las pertenencias de mi amada como guste. Nada me interesa si ella ya no está.

DÉBORA POLANCO, 47 años, General San Martín.

En San Telmo

En 1989 me mudé a un caserón en la calle Defensa. Diez días después comenzaron los ruidos. Llamé a plomeros y gasistas para que revisen. Finalmente, vinieron unos arqueólogos. Excavaron y descubrieron un aljibe relleno de tinteros. ¿Quién vivió ahí? ¿Por qué tantos tinteros? Los arqueólogos terminaron. Pero los ruidos regresaron. No aguanté más. Usé las cuerdas que dejaron y bajé. No quedaba nada, solo una loza. Apoyé la cabeza y escuché: rasguños. Moví la loza con una barreta. Ahí estaban, algunas plumas y los huesos de alguien que había muerto arañando. Tendré que llamar a los arqueólogos de nuevo.

PAULA MIRANDA, 41 años, Lanús.

Yira

Ya había pasado el Mundial. Sabía que me estaban buscando. También a mi hermano. Por eso no iba a su casa. La idea era no comprometer ninguna casa. Vivía con una amiga en una pensión que estaba sobre Directorio. Me mudé a otra para el lado de Barracas. Iba yirando. Un día allanaron esa pensión. Chiche, la vieja encargada, me había adoptado como una hija. Tenía al marido preso en Devoto; era un dirigente metalúrgico. Me llama al trabajo y me avisa del allanamiento. Me dice que no vuelva a la pensión. Esa vida se la debo. Después gasté otras.

GUSTAVO HURTADO, 59 años, Saavedra.

¡Qué mala suerte!

Justo hoy viernes tengo la visita guiada al cementerio de la Recoleta. Hoy es diecisiete. Mi «archinúmero» de la mala suerte. Un diecisiete me casé con Roberto, que es como una ostra rellena. No digo que sea malo, pero solo me acompaña a comprar limones o a pasear al perro. Ni la bolsa para juntar la caca me quiere llevar. Antes, íbamos a la costanera a tomar el mate. Confieso que busco lugares para enamorarme. La heladería no funcionó, ni el Museo de Bellas Artes. Cuando hablemos de las «cosas muertas» me acordaré de Roberto y tampoco va a funcionar.

LAURA MORENO, 50 años, Florencio Varela.

Cada dos años

Llegó a la guardia con dieciséis. Andaba de ranchada por Constitución y visitaba a la madre en Varela, colado en los trenes. Cuando aquietó el hambre y el vaho de la pasta base, se las tomó. La segunda vez ya tenía dieciocho y el combo fatal: paco y neumonía. Se quedó nueve meses. Habló de algunas cosas que le dolían. Se perdió de nuevo. Volvió a los veinte, delirando. Reclamó atención médica porque de chico había sido paciente en este hospital. Durmió días. Cuando se levantó quiso ir a misa en la capilla. Nos bendijo y advirtió: seguro vuelvo pronto.

MARÍA LAURA ORMANDO, 45 años, Montserrat.

Gallina

Agentes el domingo, adicional cancha de River. Otra vez Monumental, quisiera estar mirando el partido, no haciendo de soldadito malo. Siempre me toca la calle, nunca adentro de la cancha. Con este uniforme parezco una tortuga ninja. A poner cara de culo que se acerca la hinchada. Por qué me puteás, estúpido, yo también soy gallina. Llegó la barra brava, complicado, el gordo Matías. «Hola, Tortugón». «Hola, Matías». Espero que no se arme bardo, odio trenzarme con gallinas como yo. Gol, ¿quién lo habrá hecho? La próxima, espero que nos toque la bombonera, si pinta quilombo voy a estar motivado, no como hoy.

JUAN CARLOS PIÑEYRO, 70 años, Morón.

Rutina

Camina hacia la estación Medrano del subte B y mientras viaja hacia su oficina en el Microcentro lee la sección de economía soñando con verse entre los diez más ricos del país. En el subte una vieja lo interrumpe efusivamente, pero Andrés no levanta la mirada. Rendida, escribe y le entrega un papel. Andrés sufre de migraña a diario, sabe que cuando los números cierren todo acabará. En más de quince años jamás se enfermó o faltó a trabajar. Vuelve a su casa y cuando va a lavar el pantalón saca el papel: disfrute este día, es el último de su vida.

DANIELA TEVELES, 30 años, Palermo.

La misión

Elisa encuentra la llave correcta y abre. Ayudada por su gran bastón, ingresa al transportador y desciende. Ahora necesita otra llave: la tiene preparada en el bolsillo. Evita los tres peldaños que la hicieron fallar la última vez y sale. Toma coraje y sigue el camino de las baldosas grises; las rojas son peligrosas. ¡Casi llega! Pero una bocina la distrae, y una trampa en la entrada la derriba. Alguien la toma del brazo y la salva. «Hola, Elisa, ¿cómo le va?». Ella suspira. «Bien, querido, gracias. Dame medio de nalga cortada finita, por favor». Media misión está cumplida.

LAURA GUEVARA, 46 años, Colegiales.

Río de la Plata

Estoy sentada en la terraza de un boliche de la costanera, el sol ya salió y calienta. Es enero. Veo a una chica que recién estaba acá y ahora está en el agua, alejándose. Desde la tierra, dos policías le gritan pero ella no parece oírlos. Dudan, discuten, buscan por dónde, y al final uno descubre el agujero en el alambrado, pasa y se mete también al agua. Pero la chica lleva ventaja. Por un momento todavía puedo verla: nada en un río de luz plateada, entre pedazos de espejo, sin lastimarse.

LARA SEGADE, 42 años, Caballito.

Refugio

Retiré el dinero y la tarjeta y me fui, tratando de no pisar los cuerpos.

TOMÁS PALLO, 43 años, Vicente López

Día laborable

Apago de un manotazo el despertador y me engaño: cinco minutos más. Cuando despierto, pasaron veinte, ya es tarde para la reunión de las nueve en pleno centro. Mi jefa intuye, manda whatsapp: «¿Dónde estás?». En cualquiera estoy, pero miento: «Voy en camino». Me ducho, me visto, salgo sin desayunar. Corro por Corrientes hasta Medrano. El subte me recibe con las puertas abiertas. En viaje, me siento ganador, domador del tiempo, hasta que en Uruguay todo se detiene. «Servicio demorado», anuncian por altavoz. Primero me frustró. Después, mensajeo: «Subte detenido, llego tarde». Qué coartada, madre mía. Como amo esta ciudad.

ANDREA BRAVERMAN, 52 años, Colegiales.

Claustrofobia

Se despertó en su monoambiente de veintitrés metros cuadrados, miró por la ventana el pulmón del edificio al que no le llega el sol y sintió, un día más, el sonido de la ciudad achicándose.

CAROLINA DE BENEDETTO, 27 años, Caballito.

Inteligencia artificial

Me pregunto si podrá, la inteligencia artificial, mirar por primera vez el Obelisco saliendo de la Línea B y sentir Buenos Aires explotándole en la cara. Componer en un código el gusto de la mozzarella de Corrientes, el olor a libro usado, a colonia mezclada con perfume y transpiración. Al loco, al ciruja, al olvidado. Sentir la energía sobre escenarios improvisados en guaridas que ya no existen, salvo en las historias de los que estuvieron. Bailar tango como el que gastó los pisos de ajedrez de mil milongas. Caminar a Plaza de Mayo, otra vez, y con la misma esperanza.

ALEJO SANTANDER, 37 años, Villa General Mitre.

Campeonatos

La pelota está en el centro de la cancha. El fanático que observa desde lejos ve la pelota de cuero desgajada, ve el gris de la recámara. Podría ser también de gomaespuma o una bola de papel pegada con cinta Scotch. Cada equipo se apresta en su área, cada jugador ocupa su puesto. Los dos equipos visten igual, así que cuando empiece el partido solo ellos sabrán a qué equipo pertenecen. El sol raja el césped o el cemento. Al mediodía, cuando los pibes salen del colegio, cada plaza de Buenos Aires se transforma en una apasionada cancha de fútbol.

ROMINA MCCORMACK, 44 años, Villa Pueyrredón.

Leyenda

Dicen que si caminás por la avenida Corrientes el último miércoles de cada mes a las once de la noche en punto y entrás en una de las librerías que nadie sabe cuál es y elegís uno de los libros que nadie sabe cuál es, en una página que nadie sabe cuál es, encontrarás el nombre del amor de tu vida, que nadie sabe cuál es.

CLAUDIA MORALES, 50 años, Liniers.

¡Extra, extra! Volvió al barrio

Luis, el canillita del barrio, me vio crecer. Me supo yendo al jardín, de la mano de mi primer novio en la secundaria, llegando a casa a las seis de la mañana con el insulto de mamá al teléfono y consiguiendo mi primer trabajo. Luis sabe todo, cosa de barrio. Me mudé hace unos años y hoy volví a Pompeya de visita. Me lo encontré y, como cuando era muy chiquita, le regalé una sonrisa y un saludo. Él me miró extrañado, desconocido, bajó los ojos hacia mi sonrisa y me dijo: hola, bonita. Nada cambió en mi barrio.

NOELIA DANS, 23 años, Flores.

Doña Guiyermína

Armaba el puesto cerca de la pared, quizás más por timidez que para resguardarse del viento. Sonreía si alguien que pasaba le ponía mala cara. Un cartel de inmobiliaria oficiaba de mesa, un tarro de pintura de taburete. Habría preferido no tener que escribir el anuncio: «Tortiya \$20». Algunas mañanas la acompañaba el arrullo de una canción que casi no recordaba, otras solo la pava que se negreaba en la parrilla. Apuraba el mate cuando alguien se acercaba, siempre es mejor mover las brasas. Abrigaba así, cada amanecer, con su aroma, pan tostado y chicharrón.

GUILLERMO PORTELA, 52 años, Versalles.

Consejos

Puede que nadie tenga claro qué hacer en el caso extremo de un exorcismo. Pegado al altar del Gauchito Gil de Parque Los Andes hay un tutorial: jamás se le ocurra arrojar agua bendita al exorcizado, porque enfada a cualquiera y es entendible; aléjese de las intermediaciones, corra cuanto pueda una vez concluido el ritual, pues estos viejos espíritus buscan cualquier cuerpo donde habitar; y lo más importante, nunca jamás mire a los ojos a las víctimas de los demonios, ya que tienen la cualidad de volverse espejo: puede que usted vea reflejados los suyos y ya sea demasiado tarde.

NATALIA BRAVO, 33 años, Villa General Mitre.

Un río que no se ve desde ningún lado

Cuando era chico soñaba con que Buenos Aires tuviera mar. Con encontrar un pasadizo secreto en la costanera, o en un parque o en algún lado, y que ahí apareciera el mar. Buenos Aires no tiene playa, ni mar, ni costa, ni rambla, ni nada. Y es raro, porque estamos a orillas de un río. Y no cualquier río. Un río que parece un mar, pero no es un mar. Tengo treinta y cinco años y viví en nueve departamentos. Y desde ninguno se veía el río. Es el río más ancho del mundo y no se ve desde ningún lado.

MILTON EKMAN, 34 años, Núñez.

Naturaleza urbana

El primero en notarlo fue un conductor del 50 que recién arrancaba su recorrido: «Clavé los frenos y di marcha atrás, no podía ser que no estuviera». El 10 de junio de 2023, el obelisco desapareció de Buenos Aires. Hubo un único testigo, un borrachín trasnochado que declaró haber visto un platillo volador que lo destruía y aspiraba los escombros. Nadie le creyó. El Gobierno de la Ciudad lanzó una encuesta para decidir con qué monumento lo reemplazarían. Pero esa misma primavera, una punta de cemento comenzó a asomar. Un nuevo obelisco brotaba en la 9 de Julio.

EVELYN SPALDING, 47 años, Flores.

Buen viaje

Mi abuelo manejaba aviones. Ahora que no está, cada tanto miro para arriba y cuando pasa uno volando saludo al cielo. A veces, si no tengo cole, con papá agarramos el auto y nos vamos al lado del río donde salen los aviones. Hay mucho viento y yo me agarro fuerte con la cara apretada contra la reja. Entonces papá dice que mire, que ahí está el abuelo arriba de alguno que anda despacito. Yo le hago caso y digo: «Chau, abuelo». No lo veo, pero no importa. Es lindo cuando a papá le brillan los ojos.

ROSARIO BRIZZI, 40 años, Vicente López.

El saca pelusas

Durante seis años, de lunes a viernes, la marea de gente saliendo de Diagonal Norte me arrastraba, como una ola, por la calle Florida y me dejaba en la orilla de Perón. Los anuncios de los vendedores ambulantes hacían las veces del ruido de ese mar. El hombre de las medias, el lustrador de zapatos y la chica del saca pelusas parecían invisibles para nosotros. A esta última un día no la escuché más. Tres años más tarde la encontré en la estación 9 de Julio, tuve ganas de decirle que noté su ausencia aunque ella no supiera quién era.

ROMINA AGEJAS, 42 años, Belgrano.

El balcón de una abuela

Angelita está en su balcón del primer piso, justo por encima del toldo a rayas que cubre el kiosco. Desde ahí analiza el pasar de los transeúntes que se encuentran en el cruce de Iberá y Cuba. Piensa e imagina cómo serán sus vidas fuera del paso de cebra que los une ese día y en ese lugar bajo su mirada. Mientras medita aprovecha la orientación sur-norte del departamento para tomar sol. A las cinco entra y prepara la merienda con pan sin corteza, para su nieto que llega del trabajo.

RAMIRO CARMONA, 20 años, Saavedra.

Magia

Mi abuela robaba. De cada esquina. De cada jardín. De cada casa. Y de cada una creaba una nueva vida. Magia. Ahora yo robo. Esquejes, dirían los más técnicos. Para mí son gajitos. Ahora tengo una mini jungla en el balcón. Cada mañana los saludo y mentalmente hago el recorrido. De cada casa, de cada esquina. Lo que se hereda no se compra. A la distancia, robamos juntas.

MARÍA BELÉN JORGE, 31 años, Almirante Brown.

El Club de Pescadores

Los sábados a la tarde mi abuelo me llevaba a la Costanera Norte a comer choripán. Tomábamos el colectivo 33 que recorría toda la avenida Rafael Obligado, hasta que veíamos aparecer por la ventana las oscuras aguas del Río de la Plata. Caminábamos por la vereda en busca del puesto de Juan, el mejor cocinero de choris del lugar. A mi viejo le gustaba comer con la vista hacia el Club de Pescadores. Se sentaba y comía en silencio, y al cabo de un rato, con la mirada triste me decía siempre: a tu abuela le gustaba mucho este lugar.

GABRIEL GALDÁMEZ, 34 años, Recoleta.

Latkes

Aunque crecí en Villa Crespo no me sé ni una sola de las canciones que cantan en el Séder al que nos invitó Gabriel. Nos vendió mucho el plan y terminamos en un templo lleno de familias desconocidas. Con mi amiga nos acercamos a la mesa de comida, buscamos los latkes que preparé y ella me pregunta los nombres de los platos, no sé cómo explicarle que son todos pescado en distintas formas. Encuentro mis latkes tirados en el piso de la cocina, les puse azúcar porque así le gustan a mi abuela y pensaron que eran manzana.

VERA LUNA FRITZ, 19 años, Caballito.

Imposible

Pretender contar Buenos Aires es como querer escribir un silbido.

FRANCISCO IBARROLA, 39 años, Núñez.

BUENOS AIRES EN 100 PALABRAS

Seguiri imaginando la ciudad y escribirla www.buenosairesen100palabras.com

PRESENTAN



Creando Futuro



Justicia, agua limpia.



ORGANIZAN



COLABORAN



Leamos  Bajalibros

